



Literatura / Novela confesional

Marta Sanz se desnuda (otra vez)

Anagrama publica una versión ampliada de 'La lección de anatomía'

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona
Recuerda que una vez escribió un diario, aunque no le duró demasiado, apenas una tarde. «Me lo regaló mi madre cuando cumplí los 13. Lo único que escribí fue que me gustaba el vecino de arriba. Y me sentí estúpida. Frustrada. ¿De qué había servido que lo escribiera?», se pregunta. De nada, por supuesto. El vecino no iba a leerlo. «El diario sólo tiene sentido si alguien puede leerlo», se dice a continuación. De ahí que, decidida a poner en orden su pasado, un pasado reconstruido a partir de su relación con las mujeres (mujeres como su madre, sus amigas de infancia y adolescencia, sus profesoras, sus alumnas), se decidiera a escribir lo más parecido a un diario alejado de cualquier tipo de pequeño candado *alejaintrusos*. Es decir, un libro de memorias que puede leerse como una trepidante novela de interiores titulada *La lec-*

ción de anatomía y que ahora vuelve a publicar, ampliada y con prólogo de Rafael Chirbes, la editorial Anagrama.

«Creo que en el cuerpo queda grabado todo lo que vivimos, de ahí el título», sentencia la escritora, que resucita, en esta suerte de biografía novelada, su infancia, su adolescencia y su entrada en el mundo de la madurez, y evita hablar de su pasión por los libros. «Aborrezco las autobiografías de escritores», dice, aunque no ha podido evitar hacer un par de referencias a aquello en lo que la niña Marta, que odiaba su nombre simple (y hubiera preferido llamarse, por qué no, Yolanda), se ha convertido. «Lo menciono en un capítulo en el que recuerdo lo que quise ser de pequeña», aclara. Y lo que quiso ser, antes de escritora, fue, por este orden: cajera de supermercado, farmacéutica y maestra. ¿Y qué hay de lo peor de escribir sobre algo que



La escritora Marta Sanz (Madrid, 1967). / ALBERTO VERA

existió, sobre personajes de carne y hueso? «Que tienes que tener cuidado. No acabar resultando ni excesivamente babosa ni destructiva», contesta. Al respec-

to, en el parte médico de los posibles afectados por la novela no hay una sola baja.

Lo sabe, Sanz, porque el libro que ahora se publica, y al que la

autora, cariñosamente, considera «un *selfie* un tanto peculiar», es en realidad una versión extendida de uno que vio la luz en RBA en 2008, de forma «casi clandestina», especifica. «He añadido dos capítulos y he depurado la prosa», dice al respecto. La metamorfosis no es tal, pues la voz de la niña Marta sigue, aunque perfeccionada, invocando a la picaresca como lo hacía ya en el volumen precedente.

«La voz de la novela no habla desde el yo como sujeto sino desde un yo que parte de lo que tiene en común con el género femenino», confiesa la autora quien, a falta de diarios de los que partir para reconstruir el pasado, hace únicamente uso de la memoria. «La memoria es un músculo, cuando lo ejercitas te das cuenta de lo poderoso que puede llegar a ser», considera.

Advierte además Sanz, citando a Kurt Vonnegut cuando cita, a su vez, a Oscar Wilde, que uno debe tener cuidado con lo que parece porque acaba siendo justo lo que parece. «Siempre digo que vamos poniéndonos distintos vestidos y que a veces esos vestidos acaban siendo más honestos que los desnudos», asegura la escritora, que si algo ha aprendido de este, su desnudo literario, es que «crecer es una forma de decrecer». «Crecer ha sido ir tomando conciencia de mis propias vulnerabilidades. Los niños son seguros y egoístas, pero con el paso del tiempo se vuelven menos autoritarios y más sensibles. Y menos ellos. Por eso a veces echo de menos a la niña de este libro», concluye.